

YO, ROBOT

ISAAC ASIMOV

YO, ROBOT



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *I, robot*

Traducción de Manuel Bosch Barret

Diseño de la cubierta: Edhasa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

© Ilustración de la cubierta: [iStockphoto.com/Antonis Papantoniou](https://www.istockphoto.com/AntonisPapantoniou)

Primera edición: abril de 2009

Novena reimpresión: abril de 2017

© 1950 by Isaac Asimov

«Published by arrangement with Doubleday, a división of the Doubleday
Broadway Publishing Group, a division of Random House, Inc.»

© de la presente edición: Edhasa, 1975, 1989, 2009

Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. 93 494 97 20

Tel. (11) 43 933 432

España

Argentina

E-mail: info@edhasa.es

E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-1836-4

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares
del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción
parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

o entre en la web www.conlicencia.com.

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: M-11.316-2011

Impreso en España

Las Tres Leyes de la Robótica

1. Un robot no debe dañar a un ser humano o, por su inacción, dejar que un ser humano sufra daño.
2. Un robot debe obedecer las órdenes que le son dadas por un ser humano, excepto cuando estas órdenes se oponen a la primera Ley.
3. Un robot debe proteger su propia existencia, hasta donde esta protección no entre en conflicto con la primera o segunda Leyes.

Manual de Robótica, 56.^a edición, año 2058.

INTRODUCCIÓN

He revisado mis notas y no me gustan. He pasado tres días en la U. S. Robots y lo mismo habría podido pasarlos en casa con la Enciclopedia Telúrica.

Susan Calvin había nacido en 1982, dicen, por lo cual debe de tener ahora setenta y cinco años. Esto lo sabe todo el mundo. Con bastante aproximación, la «U. S. Robots & Mechanical Men Inc.» tiene también setenta y cinco años, ya que fue el año del nacimiento de la doctora Calvin cuando Lawrence Robertson sentó las bases de lo que tenía que llegar a ser la más extraña y gigantesca industria en la historia del hombre. Bien, esto lo sabe también todo el mundo.

A la edad de veinte años, Susan Calvin formó parte de la comisión investigadora psicosomática ante la cual el doctor Alfred Lanning, de la U. S. Robots, presentó el primer robot móvil equipado con voz. Era un robot grande, basto, sin la menor belleza, que olía a aceite de máquina y estaba destinado a las proyectadas minas de Mercurio. Pero podía hablar y razonar.

Susan no dijo nada en aquella ocasión; no tomó tampoco parte en las apasionadas polémicas que siguieron. Era una muchacha fría, sencilla e incolora, que se defendía contra un mundo que le desagradaba con

una expresión de máscara y una hipertrofia intelectual. Pero mientras observaba y escuchaba, sentía la tensión de un frío entusiasmo.

Se graduó en la Universidad de Columbia en el año 2003, y empezó a dedicarse a la Cibernética.

Todo lo que se había hecho durante la segunda mitad del siglo XX en materia de «máquinas calculadoras» había sido anulado por Robertson y sus cerebros positrónicos. Las millas de cables y fotocélulas habían dado paso al globo esponjoso de platino-iridio del tamaño aproximado de un cerebro humano.

Aprendió a calcular los parámetros necesarios para establecer las posibles variantes del «cerebro positrónico»; a construir «cerebros» sobre el papel, de una clase tal que las respuestas a estímulos determinados podían predecirse acertadamente.

En el año 2008, se doctoró en Filosofía e ingresó en la U. S. Robots como «robopsicóloga», convirtiéndose en la primera gran practicante de esta nueva ciencia. Lawrence Robertson era todavía presidente de la corporación; Alfred Lanning había sido nombrado director de investigaciones.

Durante quince años vio cómo la dirección del progreso humano cambiaba y avanzaba vertiginosamente.

Ahora se retiraba... hasta donde podía. Por lo menos, permitía que la puerta de su despacho ostentase el nombre de otra persona.

Esto, esencialmente, fue lo que supe. Tenía una larga lista de sus publicaciones, de las patentes a su nom-

bre; conocía los detalles cronológicos de sus promociones, en una palabra, tenía su «vida» profesional con todo detalle.

Pero esto no era lo que yo quería.

Necesitaba algo más para mis artículos destinados a la Prensa Interplanetaria. Mucho más. Y así se lo dije.

—Doctora Calvin —le dije tan amablemente como pude—, según la opinión general, la U. S. Robots y usted son equivalentes. Su retirada pondrá fin a una Era que...

—¿Quiere usted el punto de vista del interés humano? —dijo sin sonreír. No creo que nunca sonriese. Pero sus ojos eran penetrantes, aunque no agresivos. Sentí que su mirada me atravesaba y salía por el occipucio y supe que era para ella de una transparencia inusitada; que todo el mundo lo era.

—Exacto —dije.

—¿El interés humano... de los robots? Esto es una contradicción.

—No, doctora, de usted.

—También me han llamado robot. Con seguridad le habrán dicho a usted que no soy humana.

Me lo habían dicho, en efecto, pero no ganaba nada con confesarlo.

Se levantó de la silla. No era alta y parecía frágil. La seguí hasta la ventana y nos asomamos a ella.

Las oficinas y talleres de la U. S. Robots formaban una pequeña ciudad, espaciosa y bien planeada. Todo era achatado como una fotografía aérea.

—Cuando vine aquí por primera vez —dijo— vivía en una pequeña habitación, allá a la derecha, donde está hoy el retén de bomberos. Fue derribada antes de que usted naciese. Compartía la habitación con tres personas. Tenía medio escritorio. Construíamos nuestros robots en un solo edificio. Producción... tres a la semana. Ahora, mírenos.

—Cincuenta años —aventuré—, es mucho tiempo.

—No cuando se mira hacia atrás. Una se pregunta cómo han pasado tan deprisa.

Volvió a su escritorio y se sentó. No necesitaba expresión alguna en su rostro para parecer triste.

—¿Qué edad tiene usted? —quiso saber.

—Treinta y dos años —respondí.

—Entonces, no puede recordar los tiempos en que no había robots. La humanidad tenía que enfrentarse con el universo sola, sin amigos. Ahora tiene seres que la ayudan; seres más fuertes que ella, más útiles, más fieles, y de una devoción absoluta. ¿Ha pensado usted en ello bajo este aspecto?

—Me temo que no. ¿Puedo citar sus palabras?

—Sí. Para usted, un robot es un robot. Mecánica y metal; electricidad y positrones. ¡Mente y hierro! ¡Obra del hombre! Si es necesario, destruida por el hombre. Pero no ha trabajado usted en ellos, de manera que no los conoce. Son más limpios, más educados que nosotros.

Traté de halagarla, de adularla hábilmente.

—Quisiéramos saber algo de lo que pueda usted contarnos, conocer su opinión sobre los robots. La Prensa

Interplanetaria abarca todo el Sistema Solar. Unos tres mil millones de lectores, doctora Calvin. Tienen que saber lo que pueda usted decirnos sobre los robots.

No tenía necesidad de insistir. No me oyó, pero se dirigía al lugar indicado.

—Deben de haberlo sabido desde el principio. Vendíamos robots para uso terrestre... antes de mis tiempos, incluso. Desde luego, eran robots que no podían hablar. Después se hicieron más humanos, y empezó la oposición. Los sindicatos obreros, como es natural, se opusieron a la competencia que hacían los robots al trabajo humano, y varios sectores de la opinión religiosa hicieron sus objeciones inspiradas en la superstición. Todo aquello fue inútil y ridículo. Y, sin embargo, así era.

Yo iba tomando notas de lo que decía en mi registrador de bolsillo, tratando de que no advirtiese el movimiento de mi mano. Practicando un poco se puede llegar a hacer detalladas anotaciones sin sacar el chisme del bolsillo.

—Tomemos el caso de Robbie —dijo—. No lo conocí. Fue desguazado el año anterior a mi entrada en la compañía; era muy elemental. Pero vi a la muchacha en el museo...

Se detuvo, pero no dijo nada. Dejé que sus ojos se humedeciesen y su imaginación viajase. Tenía que recorrer mucho tiempo.

—Oí hablar de ello más tarde, y cuando nos llamaban blasfemos y creadores de demonios, siempre me acor-

daba de él. Robbie era un robot sin vocalización. No podía hablar. Fue fabricado y vendido en 1996. Eran los días anteriores a la extrema especialización, de manera que fue vendido como niñera...

—¿Cómo qué?

—Como niñera...

I ROBBIE

—Noventa y ocho... noventa y nueve... ¡cien!
—Gloria retiró su pequeño y regordete antebrazo de delante de los ojos y permaneció un momento parpadeando al sol. Después, tratando de mirar en todas direcciones a la vez, avanzó cautelosamente algunos pasos, apartándose del árbol contra el que había estado apoyada.

Estiró el cuello, estudiando las posibilidades de unos matorrales que había a la derecha, y se alejó unos pasos para tener un mejor ángulo de visión. La calma era absoluta, a excepción del zumbido de los insectos y el gorjear de algún pájaro que desafiaba el sol de mediodía.

—Apostaría a que se ha metido en casa, y le he dicho mil veces que eso no es leal —se quejó.

Apretando los labios en un mohín y arrugando el entrecejo, se dirigió decididamente hacia el edificio de dos pisos del otro lado del camino.

Demasiado tarde oyó un crujido detrás de ella, seguido del claro «clump-clump» de los pies metálicos de Robbie. Se volvió rápidamente para ver a su triunfante compañero salir de su escondrijo y

echó a correr hacia el árbol a toda velocidad. Gloria chilló, desalentada.

—¡Espera, Robbie! ¡Esto no es leal, Robbie! ¡Prometiste no salir hasta que te hubiese encontrado! —Sus diminutos pies no podían seguir las gigantescas zancadas de Robbie. Entonces, a tres metros de la meta, el paso de Robbie se redujo a un mero arrastrarse y Gloria, haciendo un esfuerzo final por alcanzarlo, echó a correr jadeante y llegó a tocar la corteza del árbol la primera.

Orgullosa, se volvió hacia el fiel Robbie y, con la más ruin ingratitud, le recompensó su sacrificio mofándose de su incapacidad para correr.

—¡Robbie no puede correr! —gritaba con toda la fuerza de su voz de ocho años—. ¡Le puedo ganar cada día! ¡Le puedo ganar cada día! —cantaban las palabras con un ritmo infantil.

Robbie no contestó, desde luego... con palabras. Echó a correr, esquivando a Gloria cuando la niña estaba a punto de alcanzarlo, obligándola a describir círculos que iban estrechándose, con los brazos extendidos azotando el aire.

—¡Robbie... estate quieto! —gritaba. Y una risa estridente acompañaba sus palabras.

Hasta que Robbie se volvió súbitamente y la agarró, haciéndole dar vueltas en el aire, de manera que durante un momento el universo fue para ella un vacío azulado y verdes árboles ele-

vándose precipitadamente del suelo hacia la bóveda celeste. Y después se encontró de nuevo sobre la hierba, junto a la pierna de Robbie y aferrada todavía a un duro dedo de metal.

Al poco rato recobró la respiración. Trató inútilmente de arreglar su alborotado cabello en un gesto que pretendía vagamente imitar el de su madre y miró si su vestido se había desgarrado.

Golpeó con la mano la espalda de Robbie.

—¡Mal muchacho! ¡Malo, malo! ¡Te pegaré!

Y Robbie se inclinaba, cubriéndose el rostro con las manos, de manera que ella tuvo que añadir:

—¡No, no, Robbie! ¡No te pegaré! Pero ahora me toca a mí esconderme, porque tienes las piernas más largas y prometiste no correr hasta que te encontrase.

Robbie asintió con la cabeza —pequeño paralelepípedo de bordes y ángulos redondeados, sujeto a otro paralelepípedo más grande, que servía de torso, por medio de un corto cuello flexible— y obedientemente se puso de cara al árbol. Una delgada película de metal bajó sobre sus ojos relucientes y del interior de su cuerpo salió un acompasado, resonante tic-tac.

—Y ahora no mires, ni te saltes ningún número —le advirtió Gloria, mientras corría a esconderse.

Con invariable regularidad fueron transcurriendo los segundos, y al llegar a cien se levanta-

ron los párpados y los ojos intensamente rojos de Robbie inspeccionaron los alrededores. Al instante se fijaron en un trozo de tela de color que salía de detrás de una roca. Avanzó algunos pasos y se convenció de que era Gloria.

Lentamente, manteniéndose entre Gloria y el árbol-meta, avanzó hacia el escondrijo, y, cuando Gloria estuvo plenamente a la vista y no pudo dudar de haber sido descubierta, tendió un brazo hacia ella, y se golpeó con el otro la pierna, produciendo un ruido metálico. Gloria salió, contrariada.

—¡Has mirado! —exclamó con enorme deslealtad—. Además, estoy cansada de jugar al escondite. Quiero que me lleves de paseo.

Pero Robbie estaba ofendido por la injusta acusación, y, sentándose cautelosamente, movió la cabeza contrariado de un lado a otro.

Gloria cambió de tono, adoptando de inmediato una gentil zalamería.

—Vamos, Robbie, no he dicho en serio que espíases. Llévame de paseo.

Pero Robbie no era tan fácil de conquistar. Miró fijamente el cielo y siguió sacudiendo la cabeza, obstinado.

—¡Por favor, Robbie, llévame de paseo! —Rodeó su cuello con sus rosados brazos y lo estrechó con fuerza. Después, cambiando repentinamente de humor, se apartó de él—. Si no me llevas de pa-

seo, me pondré a llorar. —Y su rostro hizo una mueca, dispuesta a cumplir su amenaza.

El endurecido Robbie no hizo caso de la terrible posibilidad, y sacudió la cabeza por tercera vez. Gloria consideró necesario jugar su última carta.

—Si no me llevas —exclamó amenazadora— no te contaré más historias. ¡Ni una más!

Ante este ultimátum, Robbie se rindió sin condiciones y movió afirmativamente la cabeza, haciendo resonar su cuello de metal. Levantó cuidadosamente a la chiquilla y la sentó en sus anchos hombros.

Las amenazadoras lágrimas de Gloria se secaron en el acto y se echó a reír con deleite. La piel metálica de Robbie, mantenida a una temperatura constante gracias a las resistencias interiores, era suave y agradable, y el ruido metálico que ella producía al golpear rítmicamente con sus tacones daba mayor encanto a la situación.

—Eres un caza del aire, Robbie, eres un gran caza de plata del aire. Tiende los brazos. ¡Tienes que tenderlos, Robbie, si quieres ser un caza del aire!

Ante aquella lógica irrefutable los brazos de Robbie se convirtieron en alas, que cogían las corrientes de aire, y fue un caza plateado.

Gloria se aferraba a la cabeza del robot, inclinándose hacia la derecha. Entonces dotó a la nave de un motor que hacía «Brrrr», y de armas que

hacían «Sh-sh-shshsh». Daba caza a los piratas y las baterías de la nave entraban en acción. Los piratas caían en una lluvia constante.

—¡Hemos matado a otro! ¡Dos más!... —gritaba—. ¡Más deprisa, hombre! ¡Nos quedamos sin municiones!

Apuntaba por encima de su hombro con indomable valor, y Robbie era una achatada nave del espacio que zumbaba a través de la bóveda celeste con la máxima aceleración.

Cruzó corriendo el campo hacia la alta hierba, donde se detuvo con una rapidez que arrancó un grito a su sonrojada amazona y la dejó caer suavemente sobre la blanda alfombra verde. Gloria se reía y jadeaba, lanzando intermitentes exclamaciones.

—¡Oh, qué bueno!...

Robbie esperó a que recobrase la respiración y entonces le tiró suavemente de un mechón de pelo.

—¿Quieres algo? —dijo Gloria con una expresión de inocencia en los ojos, que no consiguió engañar ni por un instante a su voluminosa «niñera». Robbie le tiró del pelo con más fuerza.

—¡Ah, ya sé!... Quieres una historia.

Robbie asintió rápidamente.

—¿Cuál?

Robbie describió un semicírculo en el aire con un dedo.

—¿Otra vez? —protestó la chiquilla—. Te he explicado «La Cenicienta» un millón de veces. ¿No estás cansado de ella? ¡Es para niños! Bien, bien —añadió, viendo a Robbie describir otro semi-círculo.

Gloria reflexionó, evocó en su memoria los detalles del cuento (con sus propias modificaciones, que eran varias) y empezó:

—¿Estás preparado? Bien, pues érase una vez una bella muchacha llamada Ella. Tenía una cruel madrastra y dos hermanastras muy feas y muy malas y sucedió...

★ ★ ★

Gloria había llegado al momento crítico del cuento: «Daba medianoche en el reloj y sus ropas se convertían de nuevo en andrajos...». Mientras, Robbie escuchaba atentamente, con los ojos ardientes, cuando vino la interrupción.

—¡Gloria!

Era la voz aguda de una mujer que había llamado no una, sino varias veces; y tenía el tono nervioso de aquel en quien la ansiedad ha empezado a convertirse en impaciencia.

—Mamá me llama —dijo Gloria, contrariada—. Será mejor que me llesves de vuelta a casa, Robbie.

Robbie obedeció apresuradamente, porque sabía que más valía cumplir las órdenes de la se-

ñora Weston sin la menor vacilación. El padre de Gloria raramente estaba en casa durante el día, a excepción de los domingos –hoy, por ejemplo–, y cuando esto ocurría, se mostraba la persona más afable y comprensiva. La madre de Gloria, en cambio, era una fuente de sinsabores para Robbie, quien siempre sentía el impulso de alejarse de su presencia. La señora Weston los vio en el momento en que aparecían por encima de los altos tallos de la vegetación, y volvió a entrar en la casa a esperarlos.

–Te he llamado hasta quedarme ronca, Gloria –dijo severamente–. ¿Dónde estabas?

–Estaba con Robbie –balbució Gloria–. Le estaba contando «La Cenicienta» y he olvidado que era hora de comer.

–Pues es una lástima que Robbie lo haya olvidado también. –Y como si de repente recordase la presencia del robot, se volvió rápidamente hacia él–. Puedes marcharte, Robbie. No te necesita ya. Y no vuelvas hasta que te llame –añadió secamente.

Robbie dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo al oír a Gloria salir en su defensa.

–¡Espera, mamá! Tienes que dejar que se quede. No he acabado de contarle «La Cenicienta». Le he prometido que le contaría «La Cenicienta» y no he terminado.

–¡Gloria!

—De verdad, mamá. Se estará tan quieto que no te darás siquiera cuenta de que está aquí. Puede sentarse en la silla del rincón, y no dirá ni una palabra...; bueno, no hará nada, quiero decir. ¿Verdad, Robbie?

Robbie, ante la súplica, movió de arriba abajo su pesada cabeza.

—Gloria, si no dejas esto de inmediato, no verás a Robbie en una semana.

La chiquilla bajó los ojos.

—Bueno..., pero «La Cenicienta» es su cuento favorito y no lo había terminado... ¡Y le gusta tanto!

El robot salió de la habitación con paso vacilante y Gloria ahogó un sollozo.

★ ★ ★

George Weston se encontraba a gusto. Tenía la costumbre de pasar las tardes de los domingos a gusto. Una buena y abundante comida a la sombra; una vieja y blanda tumbona donde echarse; un ejemplar del *Times*; las zapatillas en los pies, el torso sin camisa... ¿Cómo podía uno no encontrarse a gusto?

No experimentó ningún placer, por lo tanto, cuando vio entrar a su esposa. Después de diez años de matrimonio era todavía lo suficientemente estúpido como para seguir enamorado de

ella, y siempre le agradaba verla; pero las tardes de los domingos eran sagradas y su concepto de la verdadera comodidad era poder pasar tres o cuatro horas solo. Por consiguiente, concentró su atención en las últimas noticias de la expedición Lefebre-Yoshida a Marte (tenía que salir de la Base Luna y podía incluso tener éxito) y fingió no verla. La señora Weston esperó pacientemente dos minutos, después, impaciente, dos más, y finalmente rompió el silencio.

—George...

—¿Ejem?

—¡He dicho George! ¿Quieres dejar este periódico y mirarme?

El periódico cayó al suelo, crujiendo, y George volvió el rostro contrariado hacia su mujer.

—¿Qué ocurre, querida?

—Ya sabes lo que ocurre. Es Gloria y esta máquina terrible.

—¿Qué máquina terrible?

—No finjas no saber de qué hablo. Ese robot al que Gloria llama Robbie. No se aparta de ella ni un instante.

—¿Y por qué debería hacerlo? Es su deber... Y en todo caso, no se trata de ninguna máquina terrible. Es el mejor robot que se puede comprar con dinero y estoy seguro de que me hace economizar medio año de renta. Es más inteligente que muchos de mis empleados.

Hizo ademán de volver a coger el periódico, pero su mujer fue más rápida y se lo arrebató.

—Vas a escucharme, George. No quiero ver a mi hija confiada a una máquina, por muy inteligente que sea. No tiene alma y nadie sabe lo que es capaz de pensar. Una chiquilla no está *hecha* para ser protegida por una cosa de metal.

—¿Y cuándo has tomado esa decisión? —preguntó el señor Weston frunciendo el ceño—. Ya lleva con Gloria dos años y no he visto que te preocupases hasta ahora.

—Al principio era divergente. Era una novedad, me quitó un peso de encima y era una cosa elegante. Pero ahora, no sé... Los vecinos...

—¿Y qué tienen que ver los vecinos con esto? Mira, un robot es muchísimo más digno de confianza que una niñera humana. En realidad Robbie fue construido con un solo propósito: ser el compañero de un chiquillo. Su «mentalidad» entera ha sido creada con este propósito. Tiene forzosamente que querer y ser fiel a esta criatura. Es una máquina, *hecha así*. Es más de lo que puede decirse de los humanos.

—Pero puede ocurrir algo. Puede... puede —la señora Weston tenía unas ideas muy vagas acerca del contenido de un robot—, no sé, si algo de dentro se estropease y...

No podía decidirse a completar su claro y espantoso pensamiento.

—Tonterías... —negó Weston con un involuntario estremecimiento nervioso—. Es completamente ridículo. Cuando compré a Robbie tuvimos una larga discusión acerca de la Primera Regla de la Robótica. Ya sabes que un robot no puede dañar a un ser humano; que mucho antes de que algo pudiese alterar esta Primera Regla, el robot quedaría completamente inutilizado. Es una imposibilidad matemática. Además, dos veces al año viene un ingeniero de la U. S. Robots a hacer una revisión completa del mecanismo. Hay menos probabilidades de que se estropee algo en Robbie, que de que uno de nosotros se vuelva repentinamente loco; considerablemente menos. Además, ¿cómo se lo vas a quitar a Gloria?

Hizo una nueva e infructuosa tentativa de coger el periódico y su mujer lo arrojó con rabia a la habitación contigua.

—De eso justamente se trata, George. No quiere jugar con nadie más. Hay por aquí docenas de niños y niñas con quienes podría trabar amistad, pero no quiere. No quiere ni *acercarse* a ellos, a menos que yo la obligue. Es imposible que se críe así. Querrás que sea una niña normal, ¿verdad? Querrás que sea capaz de ocupar su sitio en la sociedad..., supongo.

—Estás luchando contra las sombras. Imagínate que Robbie es un perro. He visto chiquillos que querían más a su perro que a su padre.

—Un perro es diferente, George. Tenemos que librarnos de esta cosa horrible. Puedes volverlo a vender a la compañía. Lo he preguntado y es posible.

—¿Que lo has *preguntado*? Mira, Grace, no nos apartemos de la cuestión. Vamos a conservar al robot hasta que Gloria sea mayor, y no quiero hablar más de este enojoso asunto.

Y con estas palabras, salió de la habitación dando un bufido.

★ ★ ★

Dos días después, la señora Weston encontró a su marido en la puerta.

—Tienes que oír una cosa, George. Hay mal ánimo en el pueblo.

—¿Acerca de qué? —preguntó el señor Weston entrando en el cuarto de baño y ahogando la posible respuesta con el ruido del agua.

La señora Weston esperó a que cesara. Después dijo:

—Acerca de Robbie.

Weston avanzó un paso con la toalla en la mano, el rostro rojo y colérico.

—¿De qué estás hablando?

—La cosa se ha ido formando y formando... He tratado de cerrar los ojos y no verlo, pero no puedo más. Todo el pueblo considera a Robbie

peligroso. No dejan acercarse aquí a los chiquillos al atardecer.

—Nosotros le confiamos *nuestra* hija.

—La gente no razona, ante estas cosas.

—¡Pues que se vayan al diablo!

—Decir esto no resuelve el problema. Yo tengo que hacer la compra allí. Tengo que ver a los vecinos cada día. Y estos días es peor cuando se habla de robots. Nueva York acaba de dictar una ordenanza prohibiendo que los robots salgan a la calle entre la puesta y la salida del sol.

—Muy bien, pero no pueden impedirnos tener un robot en nuestra casa, Grace. Esto es una de tus campañas. Puedo reconocerla. Pero la respuesta es la misma. ¡No! Seguiremos teniendo a Robbie.

★ ★ ★

Y no obstante, quería a su mujer; y, lo que era peor aún, su mujer lo sabía. George Weston, al fin y al cabo, no era más que un hombre, ¡el pobre!, y su mujer echaba mano de todos los artilugios que el sexo más torpe y escrupuloso ha aprendido, con razón e inútilmente, a temer.

Diez veces durante la semana que siguió, tuvo ocasión de gritar: «¡Robbie se queda... y se acabó!», y cada vez lo decía con menos fuerza y acompañado de un gruñido cada vez más agonizante.

Llegó por fin el día en que Weston se acercó tímidamente a su hija y le propuso una «maravillosa» sesión de visivoz en el pueblo.

—¿Puede venir Robbie?

—No, querida —dijo él estremeciéndose ante el sonido de sus palabras—, no admiten robots en el visivoz, pero podrás contárselo todo cuando volvamos a casa. —Dijo esto último balbuceando y miró a lo lejos.

Gloria regresó del pueblo hirviendo de entusiasmo, porque el visivoz era realmente un espectáculo magnífico. Esperó a que su padre metiese el coche a reacción en el garaje subterráneo y dijo:

—Espera que se lo cuente a Robbie, papá. Le habría gustado mucho. Especialmente cuando Francis Fran retrocedía tan sigilosamente y tropezó con uno de los hombres-leopardo y tuvo que huir. —Se rió de nuevo—. Papá, ¿hay verdaderamente hombres-leopardo en la Luna?

—Probablemente, no —dijo Weston distraído—. Es sólo fantasía.

No podía entretenerse ya mucho con el coche. Tenía que afrontar la situación. Gloria echó a correr por el césped.

—¡Robbie! ¡Robbie!

De repente se detuvo al ver un magnífico perro collie que la miraba con ojos dulces, moviendo la cola.